

 Seix Barral

**Enrique Vila-Matas**

---

Doctor Pasavento

---

+ Bastian Schneider

---

Prefacio de Maurice Nadeau

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Enrique Vila-Matas**  
Doctor Pasavento  
+ Bastian Schneider

Prefacio de Maurice Nadeau

---

© Enrique Vila-Matas, 2005, 2017  
© por el prefacio: Maurice Nadeau, *La Quinzaine littéraire*, 2006, 2017  
© por la traducción del prefacio: Enrique Vila-Matas, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2017  
ISBN: 978-84-322-3282-4  
Depósito legal: B. 20.386-2017  
Composición: Gama, S. L.  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El editor desea agradecer a la revista *La Quinzaine littéraire* la autorización recibida para la reproducción del texto de Maurice Nadeau.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## ÍNDICE

- 9** *Prefacio*
- 13** Doctor Pasavento
- 15** I. La desaparición del sujeto
- 83** II. El que se da por desaparecido
- 183** III. El mito de la desaparición
- 267** IV. Escribir para ausentarse
- 427** Bastian Schneider

---

1

Paseábamos por la llamada *alameda del fin del mundo*, un melancólico sendero junto al castillo de Montaigne, cuando me preguntaron:

—¿De dónde viene tu pasión por desaparecer?

Mi acompañante deseaba saber de dónde venía esa idea de desaparecer que tanto anunciaba yo en escritos y entrevistas pero que no acababa nunca de llevar a la práctica. La pregunta me cogió más bien desprevenido, pues andaba en ese momento distraído pensando absurdamente en un gol que había marcado Pelé en el remoto Mundial de fútbol de Suecia. Así que no escuché bien del todo la pregunta y pedí que me la repitieran.

—Pues no lo sé —terminé al poco rato contestando—, ignoro de dónde viene, pero sospecho que paradójicamente toda esa pasión por desaparecer, todas esas tentativas, llamémoslas suicidas, son a su vez intentos de afirmación de mi yo.

Sonaron muy pertinentes estas palabras *ensayísticas*, dichas allí, nada menos que en la cuna misma del género literario del ensayo. Como se sabe, Michel de Montaigne escribió sus libros en lo alto de una torre anexa a su castillo cercano a Burdeos. Los escribió en un estudio y biblio-

---

teca que estaba en la tercera planta de la torre. Allí inventó el ensayo, ese género literario que con el tiempo iría ligado a la construcción de la subjetividad moderna, construcción en la que participaría asimismo Descartes, que también decidió encerrarse a pensar en un lugar solitario, en su caso en la bien caldeada habitación de un cuartel de invierno de Ulm. De modo que puede decirse que el sujeto moderno no surgió en contacto con el mundo, sino en aisladas habitaciones en las que los pensadores estaban solos con sus certezas e incertidumbres, solos consigo mismos.

Mientras subía por la estrecha y empinada escalera de caracol que conducía al estudio y biblioteca de Montaigne, y enlazando con la respuesta que le había dado poco antes a mi acompañante, pensé en el misterio de la desaparición de los hombres. Montaigne, sin ir más lejos, había estado *allí* una multitud de veces, aquélla era su casa y en lo alto de la torre había inventado el ensayo, y sin embargo no parecía que quedara ni su más remota sombra en los lugares por los que había pasado.

Miré a mi acompañante y la imaginación me hizo verle distinto de como lo había visto hasta entonces. Al mirarle con más atención, vi, o creí ver, que era Dios.

—¿De dónde viene tu pasión por desaparecer? —volvió a preguntarme.

«*Fortis imaginatio generat casum*», es decir, una fuerte imaginación generó el acontecimiento, que decían los clérigos en tiempos de Montaigne. Lo mismo puede decirse de mi visión de Dios en aquel preciso instante. Allá en lo alto de la torre, creí descubrir que Dios repetía al menos dos veces las preguntas. Como mínimo, algo torpe parecía. ¿Tenía ese Dios inteligencia suficiente para, por ejemplo, escribir ensayos? Le miré para volver a con-

---

testarle y entonces vi que había ya dejado de ser Dios para volver a ser la persona que me acompañaba. La visión pasajera se había desvanecido. Respiré aliviado. Seguramente, no me había hecho ni la pregunta. Mi acompañante no era tan estúpido como para insistir en preguntas ya contestadas. Miré hacia las vigas del techo, donde Montaigne había grabado sentencias griegas y latinas que todavía hoy se conservan perfectamente.

—¿De dónde viene tu pasión por desaparecer? —oí que volvían a decirme.

Mi acompañante no había dicho aquello. Estaba de pie junto a una de las ventanas, como si quisiera ver lo mismo que en su tiempo veía Montaigne por aquella abertura. Estaba inmóvil. No, él no había podido ser. Además, estaba completamente ausente. Entonces ¿quién había dicho aquello? ¿Era un eco? ¿Era una voz que procedía del interior de mí mismo? ¿Era el fantasma de la cuna del ensayo?

## 2

Unas semanas después, soñé que alguien a quien llamaban *dottore* Pasavento había desaparecido en lo alto de la torre de Montaigne, cerca de Burdeos, sin dejar rastro, ni una sola huella. El *dottore* se parecía al escritor vasco Bernardo Atxaga, un buen amigo desde hacía muchos años. Pensé en lo mucho que los escritores aparecían en mi vida, en mis sueños, en mis textos. Aunque la gran mayoría de ellos suele ser gente engreída y cicatera, hay una extraña sección minoritaria de escritores que tienen ángel y que son mucho más fascinantes que el resto de los mortales, pues son capaces de llevarte con asom-

---

brosa facilidad a otra realidad, a un mundo con un lenguaje distinto.

¿Quién dijo que la palabra *escritor* olía a pipa apagada, dedos manchados de tinta y pantuflas rancias? No, señor. Casi todas las escritoras y escritores de la sección con ángel son adorables seres que fuman y piensan frente a Olympias portátiles muy antiguas, seres atormentados que parecen estar viviendo en un lugar aparte. Suelen estar angustiados y ser muy inteligentes y, de no estarlo o de no serlo, se las apañan para parecerlo. Recuerdo muy especialmente a un escritor de esa sección angélica que en una película que se titulaba *En un lugar aparte* vivía en un hotel con una gran ventana frente a un abismo y un mar en una ciudad sin nombre. Y también recuerdo que siempre deseé ser algún día como el protagonista de aquella película y vivir en algún lugar que tuviera el mismo duende que aquel hotel frente al abismo. ¿Quién dijo que todos los grandes escritores decepcionaban si uno los conocía de cerca? No, señor. Los de la extraña sección angélica son encantadores y viven en lugares siempre muy abismales.

Imaginé de pronto que yo subía a un tren en la estación de Atocha de Madrid porque había quedado esa tarde en Sevilla con Bernardo Atxaga. En el quiosco de revistas de la estación me compraba dos novelas de las que se hablaba mucho en aquellos días. Una de ellas llevaba este epígrafe: «Al final todo pierde su sentido, pero la máquina de escribir sigue conmigo». Las dos novelas eran españolas y de ellas se decía que estaban cambiando la historia de la literatura. Me pareció incluso aterradora la posibilidad de que España pudiera volver a intervenir en el curso de la historia. Compré, no obstante, las dos novelas y me dispuse a viajar con ellas, camino de Sevilla, don-



---

de esa tarde me encontraría con Atxaga. No le veía desde hacía cuatro años, desde que se había encerrado a escribir en su casa de Zalduondo y casi había desaparecido como el *dottore* Pasavento en lo alto de la torre de Montaigne. Debíamos participar en un acto cultural en Sevilla, hablar los dos de un tema general que no recordaba en aquel momento. Por encima de todo y después del largo tiempo que habíamos pasado sin vernos, tenía ganas de abrazarle, de contarle historias de los últimos cuatro años, repetir y tal vez mejorar gestos y risas de otros encuentros anteriores.

Subí al tren con aquellos dos libros y me pregunté si me sentaría bien confirmar que, en efecto, no se equivocaban quienes decían que las dos novelas acababan de revolucionar la historia de la literatura. Una se llamaba *Fantasia poética*, y la otra *Erraba por París un coche fúnebre*. El título de la primera, aunque de dudoso gusto, me hizo pensar inmediatamente en el escritor Robert Walser, que en cierta ocasión calificó de «fantasia poética» su novela *Jakob von Gunten*, uno de mis libros preferidos. En Walser pensaba yo a menudo. Me gustaba la ironía secreta de su estilo y su premonitoria intuición de que la estupidez iba a avanzar ya imparable en el mundo occidental. Me intrigaba la gran originalidad de sus relaciones con el mundo de la conciencia. Y siempre había encontrado infelices pero muy bellos sus melancólicos paseos alrededor del manicomio de Herisau, donde, remedando el destino de Hölderlin, estuvo internado durante veintitrés años, hasta el final de sus días. Desde que entrara en el manicomio de Herisau hasta que murió, no había escrito una sola línea, se había apartado radicalmente de la literatura. Murió en la nieve, un día de Navidad, mientras caminaba por los alrededores de aquel sa-

---

natorio mental. Se ha dicho de él que es el poeta más secreto que ha existido nunca, y seguramente esto se aproxima a la verdad, pues para Walser todo se convertía por entero en el exterior de la naturaleza, y lo que le era propio, más íntimo, lo estuvo negando a lo largo de su vida. Negaba lo esencial, lo más hondo: su angustia. Tal como él mismo decía en su novela *Jakob von Gunten*, disimulaba su desasosiego «en lo más profundo de las tinieblas ínfimas e insignificantes».

En Walser, el discreto príncipe de la sección angélica de los escritores, pensaba yo a menudo. Y hacía ya años que era mi héroe moral. Admiraba de él la extrema repugnancia que le producía todo tipo de poder y su temprana renuncia a cualquier esperanza de éxito, de grandeza. Admiraba su extraña decisión de querer ser como todo el mundo cuando en realidad no podía ser igual a nadie, porque no deseaba ser nadie, y eso era algo que sin duda le dificultaba aún más querer ser como todo el mundo. Admiraba y envidiaba esa caligrafía suya que, en el último periodo de su actividad literaria (cuando se volcó en esos textos de letra minúscula conocidos como *microgramas*), se había ido haciendo cada vez más pequeña y le había llevado a sustituir el trazo de la pluma por el del lápiz, porque sentía que éste se encontraba «más cerca de la desaparición, del eclipse». Admiraba y envidiaba su lento pero firme deslizamiento hacia el silencio. El escritor mexicano Christopher Domínguez Michael había llegado a decir que en mis libros la aparición rutinaria de Robert Walser era tan necesaria como la de Sandokán en el ciclo salgariano.

Al tomar asiento en el tren, volví a decirme que si realmente aquellas dos novelas españolas eran tan buenas, difícilmente iba a poder soportarlo. Sería mejor que

---

no pasara de la lectura de los títulos. Miré largo rato las portadas y decidí que, para ocupar mi tiempo durante el viaje, iría *escribiendo* mentalmente las dos novelas, especialmente la que me traía el recuerdo de mis lecturas de Walser. Con la otra trataría de hacer un esfuerzo hasta conseguir que el bello y tenebroso título acabara por tener algún sentido. De este modo, cuando me encontrara con Atxaga en Sevilla, si por casualidad él deseaba saber de qué trataban las dos exitosas novelas de España, siempre tendría algo que contarle, sobre todo acerca de la primera, la que yo relacionaba con Walser y que me parecía que me resultaría más fácil de inventar.

Lo más curioso fue que, unas semanas después de haber imaginado este viaje a Sevilla, me invitaron realmente a esa ciudad para que dialogara con Bernardo Atxaga en torno a las relaciones entre realidad y ficción. Una casualidad bien grande. No puede ser, pensé en un primer momento. No, no puede ser. Pero sí que podía ser, claro. No era la primera vez que aparecía la ficción en mi vida y, sin casi mediar palabra, pretendía configurar la realidad.

La voz del hombre que me habló por teléfono y me invitó a Sevilla tenía un timbre muy metálico. En un momento determinado de la conversación, la voz se extravió algo cuando dijo: «En definitiva, queremos que usted y el señor Atxaga nos hablen de cómo la realidad baila con la ficción en la frontera». Durante unos segundos permanecí callado, irritado. ¡La realidad bailando con la ficción en la frontera! ¿Cuántas veces había oído decir eso? Decidí aceptar la invitación, pero dejando mi impronta personal, soltándole una rareza a quien me había invitado, sólo

---

para que supiera quién estaba al otro lado del teléfono. «Está bien —le dije— acepto la invitación. Después de todo, llevaba tiempo deseando reunirme con el *dottore* Pasavento.» Hubo un silencio. «Llevaré mi librea de hogareño», añadí tratando de decir algo aún más raro, y en este caso ya casi totalmente incoherente. «No comprendo», dijo entonces el que había llamado. «Tampoco yo entiendo eso del baile en la frontera», le contesté.

La invitación tenía fecha y hora. Las ocho de la tarde del 16 de diciembre de 2003. Para que lo imaginado unas semanas antes coincidiera lo máximo posible con la realidad, me las arreglé de forma que el 16 de diciembre por la mañana, el día en que debía reunirme con Atxaga, yo, en lugar de estar en Barcelona, donde estaba mi domicilio, me encontrara en Madrid y de la estación de Atocha fuera desde donde saliera para participar en el diálogo sobre realidad y ficción que por la tarde tenía lugar en el monasterio de la Isla de la Cartuja de Sevilla.

A la una del mediodía del 16 de diciembre, nada más salir el AVE que une Madrid con Sevilla, eché en falta —pues todo entonces habría sido aún más redondo— las dos novelas de España. Y es que en lo demás la realidad era casi idéntica a lo que había imaginado unas semanas antes. Pero estaba claro que esas dos novelas no existían, pertenecían exclusivamente al mundo de mi imaginación. Era lo único que impedía que la ficción y la realidad encajaran a la perfección, lo cual, si lo pensaba bien, no dejaba de ser un alivio, no estaba nada mal saber que las dos novelas de España habían desaparecido a la misma velocidad con que un día yo las había imaginado. Y, por unos momentos, disfruté como un loco conjeturando la desaparición de las dos novelas geniales y no escritas precisamente por mí. Alguien las depositaba sobre la cum-

---

bre del Everest, junto a las toneladas de basura, de desperdicios envenenados que allí hay, y una tempestad de nieve las borraba de un golpe certero.

Arrancó el tren de alta velocidad y, mientras por los auriculares que me había dado la azafata oía yo a todo volumen música de flamenco, abrí pausadamente el periódico y encontré en él una entrevista con el escritor argentino Alan Pauls, que el día anterior había presentado en Madrid su novela *El pasado*. Yo había asistido a la rueda de prensa que él había dado y me habían llamado la atención unas palabras suyas en torno a la lentitud en el arte: «Es una experiencia única quedarte dormido en una película de Tarkovski y despertarte de repente con una de sus imágenes».

Comencé a preguntarme cómo enfocaría mi intervención por la tarde en Sevilla, qué era lo que diría allí en la Isla de la Cartuja sobre las relaciones entre la realidad y la ficción. Se me ocurrió que podía contar que, no hacía mucho, había imaginado que me citaba en Sevilla con Atxaga y cómo, unas semanas después, la ficción había terminado por hacerse realidad. Pero mientras pensaba qué tono elegiría para hablar de todo esto, de pronto me asaltó una duda importante. ¿Iría Bernardo Atxaga a Sevilla? Hacía cuatro años que no le veía, llevaba cuatro años de radical retiro casi monacal y, teniendo en cuenta que se comentaba que últimamente le habían esperado en lugares a los que no había ido, no estaba muy claro que acabara acudiendo a la cita de Sevilla.

¿Y si mi trayecto en tren al final se convertía en un viaje parecido al del protagonista de *Le Roi Cophétua*, de Julien Gracq, una narración que me había impresionado en otros días? En esa novela corta se contaba la historia de un joven que, a comienzos de la Primera Guerra Mun-

---

dial, se citaba con un amigo en la propiedad que éste tenía en la villa de Bray. Viajaba largas horas en tren, siempre expectante ante el *acontecimiento*, el reencuentro con el amigo. Pero, cuando llegaba a la casa, sólo encontraba a una criada que le preparaba una cena a la espera de que apareciera el propietario del lugar, que no llegaba nunca. A la mañana siguiente, la criada había desaparecido, el amigo no había llegado y el protagonista iniciaba, con cierto estupor y perplejidad, el viaje de regreso. ¿No había pasado nada o tal vez, bajo la apariencia de que no había ocurrido nada, había *pasado* mucho?

Me dije que en Julien Gracq las narraciones adoptaban siempre la forma de un itinerario, eran recorridos de carácter iniciático, animados constantemente por la búsqueda del conocimiento y la espera del acontecimiento. Y también me dije que si me pasaba a mí lo que le sucedía al viajero de Bray, es decir, si Atxaga no se presentaba y, por tanto, no tenía lugar el *acontecimiento*, podía yo comentar en el monasterio de la Cartuja la ausencia de mi amigo vasco y desplazar todo el tema de mi intervención hacia el tema general de la Ausencia. Si Atxaga no acudía, supliría yo mismo la media hora que a él le tocaba hablar y disertaría acerca de un tema que me obsesionaba desde hacía tiempo. Porque más que Ausencia, la palabra exacta, el tema sobre el que podía hablar si Atxaga faltaba, era el que más venía persiguiéndome en los últimos tiempos, el tema de la Desaparición.

Podía hablar de Maurice Blanchot, por ejemplo, que era amigo de Julien Gracq y que, al escribir sobre *Le Roi Cophétua*, había reflexionado ampliamente sobre las desapariciones. De hecho, el tema recorría toda su obra ensayística. En cierta ocasión, por ejemplo, le habían preguntado por la dirección que estaba tomando la literatura.

---

«¿Hacia dónde va la literatura?», le habían preguntado. «Va hacia sí misma, hacia su esencia, que es la desaparición», había contestado impertérrito.

Si Atxaga no acudía a la cita, me explayaría en torno al tema de la Desaparición. Pero era preferible que acudiera. Mientras me decía todo esto y el tren iba dejando atrás la ciudad de Madrid, mi mente se fue desviando del camino emprendido y me vi a mí mismo andando por una alameda en el fin del mundo. Me di cuenta de que era el lugar ideal para escribir de verdad, tal como yo entendía que había que hacerlo, pero también para despedirse de la literatura, que era otra forma de escribir de verdad: un lugar ideal para plantarse en el abismo y tratar de ir más allá y, por tanto, desaparecer. Pero para la desaparición era necesaria cierta valentía y que el miedo —siempre he pensado que el miedo es nuestro único maestro— me ayudara.

Me vi caminando por aquella alameda, cuyo nombre parecía indicarme que paseaba próximo al más allá, y volví a escuchar la pregunta:

—¿De dónde viene tu pasión por desaparecer?

Entré en una breve ensoñación y casi palpé una especie de sentimiento de bella infelicidad, un estado de ánimo al que yo aspiraba. Hasta que de pronto, abandonando aquellas sensaciones, miré por la ventanilla del tren y, al ver las tierras secas y tristes de Castilla, consideré una experiencia única haber regresado a la realidad de aquella manera, tan de golpe, con aquella súbita y feroz imagen de Castilla que parecía surgida de las profundidades de una película de Tarkovski.

Cuando, recuperado del choque que había tenido con aquella imagen, regresé a mi anterior posición de explorador de abismos allá en el fin del mundo, pensé en la

---

tan socorrida figura literaria de la fugacidad de los paisajes de ventanilla de tren. Y también en la literatura misma y en que precisamente la característica más notable de ésta consistía en escapar a toda determinación esencial, a toda afirmación que la estabilizara, pues uno nunca podía fijarla en un punto cierto, siempre había que encontrarla o inventarla de nuevo. Pensé en esto mientras el tren avanzaba con velocidad de ave rápida dejando atrás estaciones con nombres de pueblos imposibles —Balgón fue el que anoté en aquel momento—, apenas entrevistos. Retomé los auriculares y vi que la música seguía siendo andaluza, pero había evolucionado hacia la *bossa nova*, la rumba y el pop de Rosario Flores. Una música que parecía con exagerada antelación anunciar ya Sevilla, aunque el paisaje de ventanilla y de película de Tarkovski decía la verdad y era sobrio y castellano. Era como si Andalucía quisiera hacerse presente allí, antes de hora, para luego desaparecer cuando llegara a ella. Recuerdo que miré con tanta intensidad hacia la lejanía que hasta creí presenciar el momento en que una hoja caía y, sin hacer ruido alguno, tocaba la línea del horizonte.

### 3

«Hay episodios de nuestra vida dictados por una discreta ley que se nos escapa.»

Así podía iniciar yo mi intervención esa tarde en Sevilla y pasar a contarle al público de la Cartuja la historia de mi reciente exploración de la rue Vaneau de París. Me pareció que no contaba con una historia personal más adecuada para ilustrar hasta qué punto la ficción y la realidad se fundían en mi vida.



---

Ensayé mentalmente la forma en que podía contar mi historia de la rue Vaneau. Podía empezar diciendo «Hay episodios...» y luego continuar por la farmacia Dupeyroux, en el número 25 de la rue Vaneau, y explicar cómo entré en ella a comprar aspirinas francesas, porque me habían dicho que eran mejores que las españolas. Me estaba hospedando por tres días en el Hôtel de Suède, al lado de la farmacia. Había viajado a París para promocionar un libro que me habían traducido al francés, y la editorial de Christian Bourgois me había asignado ese hotel en la rue Vaneau. Nada habría sucedido si la joven farmacéutica no hubiera reaccionado de aquella forma tan espontánea y sorprendente. Desmintiendo que las dependientas de esa ciudad estén siempre en un permanente malhumor, me preguntó si era que pasear por París daba dolor de cabeza. Soy tímido y, además, aquella pregunta me cogió por sorpresa. Precisamente porque soy tímido, a veces reacciono con cierta agresividad verbal. Mi respuesta poco tuvo que ver con lo que ella me había preguntado, pero sí mucho con la verdad. «Vaya con cuidado, porque yo he espiado a fondo esta farmacia en Internet», le dije.

Era cierto. Desde el mismo día en que supe, a través de mi editorial en Francia, que me hospedaría en el Hôtel de Suède de la rue Vaneau, me había dedicado en mi ordenador a reunir un poco de información en torno a la calle en la que iba a pasar tres días. Había seleccionado y anotado cinco datos: en el número 1 bis (hay una placa que lo recuerda) vivió durante veinticinco años, hasta su muerte, el escritor André Gide; en el 20 se encuentra la embajada de Siria; en el 24, la bella mansión de Chanaleilles, construida en 1770, habitada por Antoine de Saint-Exupéry en 1931 y adquirida por el multimillonario griego

---

Niarchos en 1951; en el 25, la histórica (histórica porque lo decía Internet) farmacia Dupeyroux; en el 31, el Hôtel de Suède.

Había anotado estos cinco datos sólo por tener una noción más amplia de lo *que podía encontrarme* en aquella breve calle en la que iba a pasar tres días. Pero la verdad era que, cuando en París entré en aquel lugar a comprar aspirinas, ni me acordaba ya de que había estado observando, hasta el último detalle, la fotografía de la fachada de la farmacia. Es más, de no haber hecho la dependencia aquella inesperada pregunta, ni me habría acordado de mis actividades de espionaje desde mi ordenador. Pero, sea como fuere, el caso es que la pregunta de la farmacéutica puso en marcha el relato que publicaría yo un mes después en un suplemento cultural español: una transcripción fiel, pero sin duda demasiado precipitada, de lo que *percibí* en la rue Vaneau a lo largo de los tres días que pasé en ella.

Mi relato no empezaba en la farmacia, sino que arrancaba antes de mi entrada en ella, empezaba con la narración de mi llegada al Hôtel de Suède y contaba cómo, al entrar en el cuarto que me había reservado la editorial, lo primero que había visto era que la ventana daba a la rue Vaneau y a los jardines de Matignon, la residencia del primer ministro de Francia. Después, el relato narraba cómo había yo salido de mi habitación y paseado largo rato por París y cómo, al regresar a la rue Vaneau, había hecho una incursión en la farmacia Dupeyroux, donde había ocurrido lo que podríamos llamar el incidente de las aspirinas. Contaba esto y cómo a continuación había entrado en el hotel, donde el periodista que allí me esperaba me había dicho que acababa de verse con Daniele Del Giudice, escritor y aviador, el autor de *Despegando la sombra*

---

*del suelo*, una bella novela en torno a la realidad y la metáfora del vuelo. Yo era amigo de Del Giudice. Pero, más que pensar en él, mi atención se centró en el invisible y tal vez misterioso nexos que parecía de pronto ligar la mansión de Chanaleilles (donde había vivido el escritor y aviador Saint-Exupéry) con la rue Vaneau, donde acababan de hablarme de Del Giudice, también escritor y aviador.

Todo eso conté en el apresurado relato del suplemento cultural español, donde también expliqué que, tras la asociación mental entre los dos escritores-aviadores, me dije enseguida que el Hôtel de Suède, la mansión de Chanaleilles y la farmacia ya se habían de alguna forma *relacionado* conmigo. De los cinco datos de la rue Vaneau que había seleccionado, sólo faltaban dos por aparecer, André Gide y la embajada de Siria. ¿Se *manifestarían* también esos datos?

Por la noche de aquel mismo día, en la puerta del hotel, Christian Bourgois, después de uno de sus legendarios silencios, me habló de pronto de la mansión de Chanaleilles, supongo que para que reparara en la casa más distinguida de aquella calle. Se quedó algo sorprendido cuando le dije que ya había oído hablar de la mansión y que sabía, por ejemplo, que Saint-Exupéry había vivido en ella, y que también sabía que la había comprado Niarchos en 1951. Debí de preguntarse cómo era posible que conociera tantos detalles, pero no dijo nada. Al poco rato, para romper de nuevo el silencio, Bourgois desvió su mirada hacia otra de las grandes mansiones de la rue Vaneau, una que estaba a cuatro pasos del hotel. Nadie en París, me dijo, sabía quiénes eran los propietarios de aquella misteriosa casa. Aunque sin duda estaba habitada, no se había visto nunca a nadie entrar o salir de ella. A

---

veces, de noche, se veían unas discretas luces, única y exclusivamente en la planta baja y en tan sólo tres de las doce ventanas de esa planta.

Al día siguiente, al ir a fotografiar la placa recordatoria de la casa de André Gide, había mucha policía por allí (la hay siempre, es la policía que custodia los alrededores de Matignon) y preferí no complicarme la vida, no fuera que se les ocurriera comenzar a preguntarme qué interés tenía yo en fotografiar aquel inmueble. Desayuné en el bar de la esquina y luego regresé al hotel. Sentía cierta frustración, para qué negarlo. Una de las cosas que antes de viajar había decidido hacer cuando estuviera en la rue Vaneau era retratar aquella placa, con destino a mi colección de fotografías de placas recordatorias de todo el mundo. Sentado en uno de los sillones del hall del Suède, me dije que Gide, Chanaleilles, la farmacia y el hotel ya habían, de un modo u otro, entrado directamente en mi vida allí en la rue Vaneau, habían *conectado* conmigo, faltaba sólo Siria. Me dije que era bastante improbable que este país emitiera alguna señal para mí. ¿Qué sabía de Siria? Nada. Tan sólo que la capital de Siria era Damasco, lo había aprendido en la escuela. ¿Y algo más? Aunque no conocía su nombre, sabía cómo era físicamente el presidente de Siria, había observado en las fotografías que llevaba bigote, era bastante joven y alto y solía vestir al estilo occidental. Pero apenas sabía algo más de Siria.

Unas horas después, vi en la sala de espera de la radio independiente Aligre algo que leí como una señal que, en forma de mensaje del mundo exterior, tal vez estaba tratando de indicarme que insistiera e insistiera en volcar aún más mi atención sobre la rue Vaneau. Y es que al término de la entrevista que me hicieron en esa emisora (en el 42 de la rue de Montreuil, a veinte minu-

---

tos en taxi del Hôtel de Suède), me demoré en el vestíbulo del lugar mirando en unos paneles unos recortes de prensa y descubrí de pronto, entre ellos, una carta de Julien Green con elogios para aquella radio. Era una carta escrita por Green desde su domicilio, desde el 9 de la rue... Vaneau.

No sabía que Green (al que tanto había leído en mis días escolares) había vivido también en la rue Vaneau. Poco después me informé y supe que el *Diario* de Green abarca un periodo de setenta años (1926-1996) contra los sesenta y dos años del *Diario* de André Gide (1889-1951), que es el segundo clasificado en el *ranking* de los récords de diarios escritos por franceses. Ya sólo por eso la rue Vaneau debería ser considerada una calle excepcional, pues había tenido como vecinos durante muchos años a los dos máximos *recordmen* de la escritura de diarios de toda la historia de la literatura francesa.

Cada vez más, la rue Vaneau parecía querer adentrarse en mi vida. Ese mismo día, a la vuelta de Radio Ali- gre, creí detectar algo tal vez exagerado pero que pensé que, por si acaso, haría bien en tener en cuenta, y es que me pareció que el extraño y profundo silencio de la rue Vaneau ocultaba el infernal y sordo horror de mundos al borde del grito, mundos muy reprimidos y callados a punto de explotar. Pero luego pensé que era una impresión demasiado literaria y paranoica, y la olvidé. Sin embargo, esa impresión volvió cuando, caminando por la rue Vaneau al atardecer de ese mismo día, al retirarme ya a dormir al hotel, vi como de pasada (pero lo vi perfectamente) las tres ventanas iluminadas de la enigmática mansión de la rue Vaneau y observé que las bombillas tenían pocos vatios, y también vi las tres angustiosas siluetas, muy apretadas e inmóviles en una de esas ventanas.

---

Y fue entonces cuando, al llegar a mi habitación, pensé que hay episodios de nuestra vida dictados por una discreta ley que se nos escapa. Lo pensé sobre todo cuando poco después, tras haber encendido la televisión y encontrándome en la ventana mirando hacia los jardines del primer ministro de Francia, el locutor de los informativos del primer canal dijo que en Siria el presidente Bashar al Asad acababa de cambiar de primer ministro.

Me resultó imposible no pensar que aquello era demasiado casual y tal vez el signo de *algo* que debía tener muy en cuenta. Y no sabiendo muy bien qué hacer, hice literatura, desvié mi atención de nuevo hacia la casa de las sombras inmóviles y acabé anotando esto con destino al relato que iba a publicar en el suplemento cultural: «Será mejor que por mi propio bien sepulte el recuerdo de unas discretas luces que hay en una mansión de la rue Vaneau. Yo no he visto nada. No es mi trabajo investigar qué clase de callada amenaza surge de lo más hondo de la rue Vaneau».

Así, haciendo literatura al sugerir que había una discreta e indefinida amenaza en el centro mismo de París, concluía el relato que envié al suplemento cultural. Al hablar de esa amenaza me había basado en las vagas intuiciones que me habían llegado de la muy casual casualidad de lo sucedido con la televisión y el primer ministro sirio y los jardines del primer ministro francés. El hecho es que escribí el relato, lo envié a Madrid, y precisamente el día en que publicaron mi cuento leí en el mismo periódico que el Estado de Israel acababa de bombardear territorio sirio.

Recuerdo que me quedé desconcertado en mi casa de Barcelona, preguntándome si seguirían estando allí,

---

apretadas e inmóviles en la mansión misteriosa de la rue Vaneau, las tres siluetas. ¿O estarían ya en movimiento y la callada amenaza, un poco literaria al principio, se había vuelto realidad? ¿De qué lado provenía esa amenaza? ¿Tenía más sentido del que yo pensaba aquel infernal y sordo horror de mundos al borde del grito que había creído detectar en aquella calle?

Y en fin, cuando unos días después los periódicos trajeron la noticia de que los reyes de España se encontraban de visita en Siria, comencé a sospechar que el propio relato, libre ya de su autor, había tomado el relevo de mi escritura y continuaba por su cuenta, a su aire, solo. Me había pasado medio siglo sin saber nada de Siria y de pronto ese país había comenzado a cobrar una importancia inesperada. Pasé a comprar cada día el periódico con la sospecha de que en él me esperaban nuevas noticias sobre Siria que pondrían en evidencia que había colocado demasiado pronto el punto final al relato enviado al suplemento.

#### 4

¡Ay, la rue Vaneau! No sé si todo el mundo sabe que, cuando uno se queda solo durante mucho tiempo, donde para los demás no hay nada se descubren cada vez más cosas por todas partes.

Unos días después (me dije que continuaría contando esa misma tarde en la Cartuja de Sevilla), estaba tan tranquilo en mi casa de Barcelona, a la hora de la siesta, cuando me llamaron por teléfono desde la editorial francesa y me dijeron que, por unos asuntos que habían quedado pendientes de la promoción de mi libro, debía re-

---

gresar a París. Habían vuelto a reservarme una habitación en la rue Vaneau. Viajé un jueves por la tarde, y al llegar al Hôtel de Suède vi que me habían asignado una habitación completamente distinta de la de mi estancia anterior. En esta ocasión, para llegar a mi cuarto había que atravesar un pequeño jardín interior y subir a pie unas escaleras. Mi habitación no daba a los jardines de Matignon, sino a la parte trasera del edificio. Mi cuarto era el número 7, lo recuerdo bien. La gran sorpresa me esperaba al día siguiente cuando llamé por teléfono a la editorial y pregunté por Christian Bourgois. Se puso Eve, su sobrina. Tras un breve silencio, reconoció mi voz y me dijo que Bourgois no se encontraba en París, pues a última hora había tenido que salir de viaje. Pregunté adónde había ido. «Está en Siria», dijo Eve Bourgois, y yo creí que era una broma o que había entendido mal. Pero no, era verdad. Por motivos familiares, Bourgois había tenido que viajar a Damasco y sentía no poder verme en esta ocasión.

Aquel mismo día compré *Le Monde* y ahí, entre las noticias, volvía a estar Siria: «Los reformistas sirios creen que Estados Unidos potencia el inmovilismo». Y, claro está, regresaron entonces a mi memoria las sombras inmóviles de la extraña mansión de la rue Vaneau. Y, en fin, a lo largo de dos días hice mi trabajo bajo la cariñosa mirada de Eve, relaciones públicas de la editorial. Fui a varias entrevistas y a dos librerías, y cuando todo hubo terminado regresé a Barcelona. Allí seguí comprando los periódicos y viendo cada día cómo continuaba mi cuento por su cuenta. Los titulares que día tras día encontraba («Bush ha hecho saber a Siria que confía en que refuerce la vigilancia en su frontera», por ejemplo) parecían empeñados en que mi relato de la rue Vaneau no se acabara nunca.